

# EL TENTADOR CALOR DE LAS LLAMAS

A.G. NOVAK



MANIAC

## EL TENTADOR CALOR DE LAS LLAMAS

Primera edición Maniac Ediciones: 2025

© del texto: A.G. Novak 2025

© del diseño y cubierta de esta edición: Maniac Ediciones

[www.maniacediciones.com](http://www.maniacediciones.com)

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN: 978-84-129303-9-9

Depósito legal: DL SG 88-2025

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a [hola@maniacediciones.com](mailto:hola@maniacediciones.com) si quiere reproducir algún fragmento de esta obra.



## Capítulo 2

El frescor de la mañana le encantaba. Salir a correr antes del amanecer y ver el sol asomar tras las tímidas crestas de las colinas era un placer que se reservaba para ellos dos. Un pacto entre amigos al que no solían invitar a nadie.

La vegetación comenzaba a recuperarse tras el incendio que casi acabó con ciento cincuenta hectáreas de encinar dos años atrás, un infierno que se extendió con gran virulencia y cuyo origen y causas las autoridades aún no habían sabido encontrar.

Lucky galopaba unos diez metros por delante, pero miraba atrás cada pocos segundos. Samuel sabía que era una forma de asegurarse de que él seguía sus pasos. Su mirada limpia le reconfortaba y esa mueca sincera que solo los perros son capaces de mostrar cuando están contentos, le hacía recuperar cada día las ganas de levantarse de la cama.

Pero intuyó que ese día iba a ser diferente en cuanto vio que Lucky se desviaba del sendero y bajaba la pequeña cuesta que acababa en el cauce del riachuelo, en esa época medio seco por la falta de lluvias. Él continuó con el recorrido esperando verle regresar al poco, pero al percatarse de que el perro no volvía al camino se dio la vuelta y le buscó por la bajante. Vio a Lucky cerca de un montón de tierra. Estaba muy nervioso, alternaba saltos con ladridos y escarbaba a con las patas delanteras en un punto concreto.

Extrañado por el comportamiento del animal, Samuel descendió por la cuesta y se acercó donde se encontraba el pastor belga. Al llegar, miró

hacia lo que su perro intentaba desenterrar y vio lo que parecían papeles amarillentos bajo los movimientos frenéticos de las patas.

—¿Qué pasa, colega? —preguntó inclinándose un poco— ¿Has encontrado la basura de algún senderista marrano?

Samuel ayudó a su amigo a retirar la tierra que cubría lo que le perturbaba, pero al tocarlo con los dedos notó que no era papel, sino una especie de tejido áspero que envolvía algo duro.

Con cuidado, y cierto asco, movió a un lado la tela. La piel encurtida de algún objeto se veía debajo. Siguió retirando la pieza estrecha de paño, estaba tirante y tenía varias capas, pero pudo estirla lo suficiente para ver dos agujeros vacíos y una protuberancia deforme en el centro.

Cayó al suelo de nalgas. El shock que le provocó la imagen hizo que no pudiera moverse y evitar que Lucky se abalanzara sobre el hallazgo.

Le costó unos segundos asimilar que lo que tenía delante era un rostro momificado.



## Capítulo 3

Tras varias horas mirando el mismo portal, a Alicia le dolían los ojos.

Le dio un sorbo al café, ya frío, y lo volvió a dejar sobre el soporte para vasos del salpicadero del coche, un pequeño utilitario que su padre le regaló al finalizar el primer año de carrera con unas notas excelentes. Tenía la cámara de fotos con objetivo de gran alcance en el regazo, pero no la había usado en toda la mañana. Temió que aquella fuese una de esas jornadas desaprovechadas.

Se removió en el asiento. Le dolía la espalda, el trasero y necesitaba hacer pis. Miró con una ligera tentación el vaso medio vacío de café, pero desechó la idea de inmediato.

Casi estaba convencida de que lo mejor sería dejar aquel asunto para otro día, cuando la puerta del portal se abrió. No reaccionó de inmediato, ya habían salido y entrado varias personas a lo largo de la mañana, pero ninguna era la que ella esperaba. Por eso, al identificar el rostro a partir de la foto que le habían facilitado, le costó creérselo y se hizo un pequeño lío con la correa de la cámara.

Consiguió hacer una amplia serie de fotos de la persona en cuestión mientras llamaba a un taxi y ayudaba al conductor a subir el amplio equipaje en el maletero.

El vehículo comenzó la carrera y Alicia situó su coche detrás. No lo perdió de vista hasta el destino final, donde se detuvo a una distancia prudencial. En la estación de Atocha sacó otra serie de fotos del sujeto: bajan-

do del taxi, cogiendo las maletas, poniéndose el abrigo. Con eso ya tenía bastante. Antes de que el tipo fuera consciente de su presencia, Alicia dejó la zona.

De regreso a su casa se paró en una cafetería cercana, fue al servicio, se comió un pincho de tortilla y, para no gastar demasiado, pidió agua del grifo.

Aceptar encargos del despacho de su padre le proporcionaba unos ingresos escasos, pero suficientes para la vida que llevaba. Aunque le costó que él accediera, la tozudez de Alicia para rechazar su ayuda económica directa era mucho mayor que la preocupación de él al imaginarla haciendo fotos de gente poco deseable, aunque ella sabía que siempre se aseguraba de involucrarla en casos de bajo riesgo. Eso a ella le molestaba, la ignorancia de la juventud la llevaba a pensar que era invencible, pero esos trabajos pagaban el alquiler de la habitación del piso que compartía, por lo que se abstenía de protestar más de lo necesario. Tampoco pensaba que aquello fuesen migajas de su padre para controlarla, porque tener en nómina a una becaria estudiante de periodismo para hacer fotos a defraudadores de seguros le salía mucho más barato que contratar a un detective privado.

Favor por favor.

A las cuatro de la tarde el bufete bullía de actividad. La recepcionista anunció su llegada y, al poco, la condujo a la sala de juntas donde la esperaba su padre, que la saludó con medida afectuosidad. Tratándose de un tema de trabajo él no actuaba como progenitor, sino como Timoteo Mendoza, uno de los socios de la empresa. Había engordado un poco desde que Agustín Somoza, su mentor en la firma, se jubilase. A su hija no se le escapaba que en las duras facciones de su padre habían crecido unas acusadas bolsas bajo los ojos azules. El peso del poder y la responsabilidad envejecen.

—Ya tengo las fotos —dijo Alicia yendo directa al grano mientras exhibía una pequeña memoria USB.



Timoteo asintió sin mediar palabra y cogió el *pen drive* que su hija le tendía.

—Hay un montón de imágenes del tipejo cargando peso y caminando tan tranquilo, es evidente que no está lesionado, mucho menos en silla de ruedas, como él dice.

Su padre guardó la memoria en el bolsillo. Alicia se mordió el labio.

—Si no te importa, saca las fotos y me lo devuelves, no tengo otro.

Timoteo sonrió de medio lado y cogió el teléfono de la sala.

—Marta, por favor, acércate un momento.

La secretaria entró unos segundos después, Timoteo le dio el *pen drive* y le pidió que extrajera su contenido.

—Antes de que se vaya Alicia, le devuelves la memoria, por favor.

Ella asintió y salió de la sala sin decir nada.

De nuevo a solas, Timoteo miró a su hija y exhibió esa cara de condescendencia que a ella tanto la irritaba.

—¿Cómo te va? Hace días que no sabemos nada de ti. Tu madre está preocupada, siempre tienes el móvil apagado. Todo el mundo enganchado al teléfono y tú ni lo miras.

—Tengo mucho que estudiar, los exámenes son dentro de poco... Si sumamos a eso el periódico de la facultad y tus encargos, apenas tengo tiempo para nada.

—Vamos, vamos —protestó su padre abanicando con la mano—. No me estarás diciendo que no tienes ni cinco minutos para contestar un mensaje.

—Sí, bueno —contestó ella, algo turbada—. Llamaré a mamá en cuanto salga de aquí.

—Solo te pido que vengas a casa de vez en cuando, no creo que te hayamos hecho nada malo.

—Ya te he dicho que la llamaré, ¿vale? He estado muy agobiada... Además, siempre que hablo con mamá me quedo con la sensación de que la preocupo más.

—Es tu madre, es normal que se inquiete, sobre todo con el rumbo que has elegido. Pudiendo vivir con nosotros mientras estudias, no entiendo por qué prefieres compartir un piso de mala muerte con no sé cuántas personas más y rechazar nuestra ayuda por cabezonería. Tienes toda la vida para hacer las cosas por tu cuenta.

Alicia soltó un bufido. Su padre nunca se daba por vencido.

—No empieces, por favor. No tengo ganas de discutir.

—No estoy discutiendo, ¿tú estás discutiendo?

Aquella actitud provocaba que a Alicia le hirviera la sangre. Era un manipulador nato y con ella esgrimía sus estrategias sin pudor. Cerró la cremallera de su bolsa de lona con fuerza y se levantó de la butaca. Miró a su padre, que permanecía en la misma postura, y le dijo algo que hacía tiempo deseaba soltar.

—Nunca te cansarás de intentar que me convierta en alguien como tú, ¿verdad?

—¿Tan terrible soy? —quiso saber él con una ceja levantada.

—Papá, no lo intentes, no me vas a llevar a tu terreno. A diferencia de tus empleados yo te conozco bien, esa pose de víctima no te pega. No he dicho que seas terrible, es que quiero recorrer mi propio camino, nada más.

—Respeto eso, hija. Solo digo que quizás has empezado demasiado pronto. Entiendo que quieras valerte por ti misma, pero imaginarte pasando dificultades cada día por no querer aceptar un dinero que, como hija nuestra, también es tuyo, es algo que no comprendo.

Alicia no quiso replicar. A veces olvidaba que aquel hombre, además de un eminente abogado y un duro oponente a sus ideas, era su padre.



—Vamos a hacer una cosa —dijo él levantándose de la silla—. Ven esta noche a cenar a casa, te prometo que no hablaremos de ningún tema que te incomode. Alegrarás a tu madre, a mí me darás el gusto y tú te quitarás un poco el cargo de conciencia por ignorar a tus progenitores, ¿trato hecho?

Con poco que se esforzase, su padre podía ser un encanto. Alicia no tardó en aceptar.

—Me parece bien.

Timoteo se dirigió a la puerta y giró la cabeza antes de cruzar el umbral.

—A las ocho y media, no llegues tarde, ya sabes cómo se pone tu madre si no estamos cuándo sirve los aperitivos.

—Descuida, papá, seré puntual.



Al introducir la llave en el acceso del edificio donde vivía se encontró de frente con la portera. Tenía muchas cosas que decirle sobre el horario para sacar la basura, pero Alicia no se sentía con fuerzas de escucharla. Se escabulló como pudo con excusas, entrando en el ascensor mientras sentía la mirada de reproche de la mujer clavada en la nuca.

En el apartamento que compartía casi nunca había nadie. Aunque tenía dos compañeros de piso, no los veía mucho. Bill, un australiano apasionado de España, era actor y casi siempre andaba de viaje haciendo *castings* o con algún papel en pequeñas obras de teatro. Su otro compañero, Manuel, era un estudiante valenciano de ingeniería informática, pero se pasaba la mayor parte del tiempo en casa de su nuevo novio y apenas aparecía por el piso a coger algo de ropa un par de veces por semana.

Eso permitía que Alicia disfrutara a menudo de la soledad, el estado en el que no tenía que lidiar con su ansiedad social ni actuar para esconder

su extrema timidez. Aquel era un papel que se sabía de memoria, aunque en extremo agotador.

Después de merendar un cruasán insípido de bolsa y un tanque de zumo de naranja concentrado, se acostó en la cama sin desvestirse con el fin de dormir unos minutos y compensar el madrugón. Pero un sueño profundo se apoderó de ella y no la liberó hasta que la luz dejó de entrar por las ventanas del dormitorio. Se despertó confundida y miró la hora en el reloj despertador de la mesilla: las siete cuarenta.

Se levantó de golpe, pero sus piernas apenas si la sostuvieron y tuvo que sentarse en la cama. Aún mareada por haberse incorporado tan deprisa, comenzó a notar un dolor extraño. Punzadas intermitentes recorrían sus brazos y piernas, pero, sobre todo, le ardían las manos. Encendió la luz y las observó con detenimiento. Aparte de un color rojizo causado por el efecto del calor de la habitación, cerrada a cal y canto, no descubrió nada raro.

Había dormido más de dos horas en plena tarde, algo impropio de alguien tan inquieto como ella. Se reprendió a sí misma mientras tomaba una ducha rápida para darse toda la prisa posible.

Si se retrasaba su madre se enfadaría.

Llegó a la casa donde creció a las nueve menos cinco. Entrecerró los ojos cuando se abrió la puerta. Esperaba una reprimenda, aunque lo único que encontró fue una cara sonriente. Por el rostro de Lucía apenas si parecía haber pasado el tiempo. A los cincuenta y dos años mantenía esbelta su alta figura a base de intensas sesiones de Pilates, y en su tez solo asomaban finas arrugas de expresión.

—¡Hija, qué alegría! Empezaba a pensar que al final no vendrías —dijo dándole un fuerte abrazo y varios besos en la mejilla.

—Siento llegar tarde, mamá, había un atasco horrible —mintió.

—No pasa nada, cielo, tu padre ha llegado hace cinco minutos.



—Pero a mí sí me has regañado —dijo él acercándose desde el salón.

—¡Calla, Timo! La niña tiene cara de agotamiento y seguro que es por tu culpa, por esas cosas que la encargas.

El padre de Alicia frunció el ceño, pero no contestó. Le había prometido a su esposa no hablar de trabajo, ni de nada que pudiera molestar a su hija.

—Como desee mi reina.

—Así me gusta —dijo Lucía.

Después de una charla animada, disfrutando de unos aperitivos a base de encurtidos y canapés, la cena transcurrió con tranquilidad. Lucía preparó una crema de calabaza y pato con salsa de chocolate, platos que Alicia adoraba.

—Lo he hecho para ti, hija —dijo con cara de satisfacción.

—Gracias, mamá, no tengo muchas ocasiones de comer tan bien.

—La verdad es que no sé por qué te empeñas en cocinar —protestó el padre de Alicia—. Podrías encargárselo a María, para eso la pagamos.

—María ya tiene bastante con limpiar esta casa enorme. Además, cocinar me relaja, mucho más si lo hago para mi niña —miró a Alicia con ojos lastimeros—. Estás muy delgada, deberías venir más a casa a comer.

—Siempre he sido así, mamá.

—Pero ahora hay que mirarte dos veces para encontrarte, además...

La voz de Lucía se vio silenciada por el sonido del teléfono de su esposo.

—Cariño, sabes que no me gusta que traigas el móvil a la mesa.

—Me olvidé, perdona —dijo echándole un vistazo a la pantalla—. Es del despacho. Si me llaman a estas horas debe ser importante. Disculpádmeme un momento.

Madre e hija observaron cómo el progenitor de la familia abandonaba el comedor. La cara de Lucía no podía ser más sombría.

—No le dejan tranquilo. Desde que Agustín se jubiló todo ha caído sobre sus hombros. Ya le conoces, no sabe delegar.

Ambas mujeres estuvieron charlando un buen rato. La mayor parte de la conversación se centró en los estudios de periodismo de Alicia y sus compañeros de piso, sumados a los típicos interrogatorios maternos sobre su vida sentimental, que no era muy interesante por aquel entonces.

Timoteo regresó al comedor al cabo de diez minutos, portaba una expresión muy extraña en el rostro. Su hija y su esposa mantuvieron un respetuoso silencio. Él se paró delante de la mesa con los brazos a los lados como dos pescados muertos. Tras lograr sobreponerse, habló con voz ronca.

—Han secuestrado a Agustín.

Lucía y Alicia se levantaron como impulsadas por un resorte, al mismo tiempo en que él se desplomaba en la silla más cercana.

—¿Cómo? —preguntaron casi al unísono.

Timoteo no contestó de inmediato. Aún agarraba el móvil con fuerza. Al notar la presión miró el aparato de forma distraída, lo dejó sobre la mesa y se pasó las manos por la perilla y la cabeza, despeinándose el engominado pelo entrecano.

—No se sabe mucho. Una vecina vio a un encapuchado golpeándolo en el aparcamiento de su casa. Después de dejarle inconsciente, lo metió en un coche y se lo llevó.

—¡Qué fuerte! —musitó Alicia, esperando a que su padre aclarara algo más.

—¡Dios mío! —exclamó de pronto Lucía— ¡Tengo que llamar a Mercedes! ¡Estará preocupadísima!



La madre de Alicia hizo ademán de coger el móvil de su marido, pero éste colocó la mano sobre el aparato.

—Mercedes se ha ido a Estambul con unas amigas, no volverá hasta la semana que viene.

—¡Pero alguien tendrá que avisarla!

Timoteo miró a su mujer con expresión dura y cansada.

—La policía encontrará el mejor momento y forma de hacerlo.

Alicia se mordió el labio inferior. Deseaba decirle algo que le reconfortara, pero no se le ocurría nada apropiado. Al posar la mano en su hombro notó que temblaba. María entró en el salón rompiendo el opresor silencio que se apoderó de la estancia y anunció que la policía esperaba en la entrada.

Timoteo se levantó de la silla con torpeza y fue al encuentro de los visitantes arrastrando los pies hasta el recibidor. Alicia quiso ir con él, pero su madre la detuvo cogiéndola de la mano.

—Hija, deja que hable con ellos a solas.

Alicia estuvo a punto de protestar, pero se contuvo.

—Tu padre nos necesita hoy, aunque no nos haga mucho caso, nuestra presencia le reconfortará. Quédate esta noche en tu antigua habitación, por favor.

La joven asintió distraída, más pendiente de ver hacia dónde se dirigía su padre con la policía que de las palabras de su madre.

Alicia subió a su habitación para hacer tiempo hasta que la policía se marchara e intentar que su padre le contara algo más en cuanto se hubiera tranquilizado. Su cuarto estaba igual que cuando lo dejó, hacía ya dos años. Los pósteres de su adolescencia aún colgaban en las paredes y, en el escritorio, descansaban los libros que ella dejó, casi todos relacionados con la egiptología, un tema que siempre la había fascinado.

Paseó la mirada por el resto de la habitación, acarició la suave superficie del mullido edredón de plumas de la cama y se sentó sobre el colchón. Era más blando de lo que recordaba. Desde donde estaba pudo asomarse por la ventana que quedaba justo al lado del cabecero. Vio el coche patrulla aparcado aún en la entrada, parecía que la cosa iba a alargarse. Se recostó sobre la cama y cerró los ojos para disipar un poco la sensación de aturdimiento, una bruma que no la había abandonado desde que despertó en su piso por la tarde.

Al abrir los ojos de nuevo ya amanecía. Apretó los dientes enfadada, ya era la segunda vez que el sueño la atrapaba sin quererlo. Maldiciendo su descuido, salió de la habitación y bajó las escaleras con prisa y a trompicones. Estuvo a punto de derribar a su madre al chocar con ella en el rellano.

—¡Por dios, hija! ¿Por qué corres?

—¿Papá ya se ha marchado?

—Se fue hace una hora. No ha descansado nada, el pobre.

—¿Se ha ido al despacho?

—Supongo que sí. Me desperté al oír el coche y no me dio tiempo a preguntarle.

—¿Se sabe algo más de Agustín?

Lucía se encogió de hombros y suspiró.

—No quise interrogarle después de que la policía lo hiciera.

—Me voy —sentenció Alicia buscando su bolso. No recordaba dónde lo había dejado.

—Pero, ¿tú te has visto?

Alicia se miró en el espejo del recibidor. Tenía el pelo tan enmarañado que parecía un montón de paja seca, sus ojos estaban rojos e hinchados y la ropa del día anterior se había arrugado por haber dormido con ella puesta.



—Anda, ve a darte una ducha. María ya ha preparado el desayuno. Mientras te aseas voy a buscar algo que te sirva entre lo que no te llevaste.

La estudiante obedeció sin rechistar y subió al piso superior. Se desnudó, metió su ropa sucia en una bolsa de papel que encontró en uno de los armarios y se deleitó con una ducha caliente que le desentumeció el cuerpo y las ideas.

Al salir del baño se puso las prendas que su madre había encontrado en su antiguo armario y analizó su aspecto frente al espejo. Tuvo que admitir que Lucía tenía razón al asegurar que había adelgazado: los vaqueros le quedaban grandes y la camisa, que un par de años antes le sentaba perfecta, parecía haber aumentado una talla.

Su madre la miró de reojo al verla en la cocina y negó con la cabeza en silencio. Alicia simuló no ver el gesto, desayunó lo más deprisa que pudo y se fue directa a las renovadas oficinas de la firma de su padre, situadas en la Torre Espacio de Madrid.

Un opresor silencio reinaba en todas y cada una de las amplias estancias de la firma. Pocas personas permanecían en sus mesas de trabajo, formaban corrillos en los pasillos, en la sala de descanso y en los despachos. Todos hablaban entre susurros. Tan solo Angelines, la diligente recepcionista de la empresa desde hacía veinte años, se mantenía en su puesto con expresión compungida. Cuando la mujer la vio llegar, Alicia creyó que se iba a echar a llorar.

—¡Ay, niña! ¡Qué disgusto! ¿Te lo puedes creer? Don Agustín, un hombre tan bueno, ¿quién le ha podido hacer algo así?

Aquella pregunta no esperaba respuesta, Alicia se limitó a negar con la cabeza con expresión solemne.

—¿Está mi padre? Me gustaría hablar con él.

—Anda reunido con los socios en su despacho. Se han encerrado allí hace más de una hora.

—Tiene para largo, ¿verdad?

—Solo me ha dicho que no le pase ninguna llamada, a no ser que sea de la policía.

—Ya.

Alicia sopesó sus opciones. Era muy posible que se pasase la mañana allí sin conseguir hablar con su padre, pero no tenía demasiadas alternativas. Justo en el momento en que había decidido armarse de paciencia y aguardar en la sala de espera, vio a Timoteo al fondo del pasillo. Salía de su despacho precedido por el resto de los socios.

Él no reaccionó al posar los ojos sobre ella. Su expresión era de profundo cansancio y abatimiento. Estrechó la mano de sus colaboradores, que se metieron en sus respectivos despachos, y enfiló el pasillo con la mirada perdida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un hilo de voz casi inaudible—. ¿No tienes clase?

—Sé que no es un buen momento, pero me gustaría hablar contigo.

Su padre no contestó de inmediato. La observó de nuevo atravesándola con la mirada.

—Como comprenderás, ahora no puedo hablar de los casos que llevas —dijo con un tono demasiado duro.

Alicia no se lo tuvo en cuenta, era un momento horrible. Guardó silencio, cogió a su padre por un brazo y lo apartó de la mesa de Angelines, que seguía la escueta conversación con los ojos como platos. Timoteo se dejó guiar con docilidad.

—Papá, no quiero hablar de eso —trató de escoger las palabras adecuadas, pero no se le ocurrió nada más contundente—. Lo que quiero es ayudarte con esto.

—¿Ayudarme?



Timoteo se apartó un poco de su hija mostrando extrañeza en el rostro.

—Tiene que haber algo que pueda hacer —continuó ella—, revisar papeles, casos antiguos de Agustín, lo que sea, el periodismo de investigación es lo mío.

Su padre enarcó las cejas y se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—¿Qué crees que es esto? Han secuestrado a Agustín, es un tema muy serio. ¿Acaso quieres jugar a detectives?

—Sé que no es un juego, papá. Solo quiero ayudar.

—La policía se encarga del tema.

—¿Y le vas a contar a ellos todos los asuntos en los que estaba metido Agustín?

—¿De qué estás hablando?

—¡Vamos, papá! ¡Ya no soy una niña! Sé a qué clase de clientes representó Agustín durante años, aunque tú te hayas empeñado en ocultarlo.

—No pensarás que yo...

—No lo pienso —interrumpió Alicia—. Sé que hace mucho saneaste las cuentas y decidiste que ya no os ocuparíais de atender a cierto tipo de gente.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Porque la investigación es lo mío —repitió Alicia.

Timoteo guardó silencio un momento. Su hija supo que estaba en la cuerda floja y, por la expresión que exhibió, creyó que lo más probable era que la echara de allí sin miramientos. Contuvo la respiración hasta que él tomó la palabra.

—Ven conmigo —dijo con contundencia mientras daba media vuelta.

Alicia obedeció a su padre y le siguió por el corredor. Ambos entraron en el amplio despacho de Timoteo y éste cerró la puerta. Se sentó en su cómoda butaca de cuero, tras la mesa de caoba llena de papeles, expedientes y libros de leyes, e invitó a su hija a que le imitara en una de las sillas de confidente, al otro lado del enorme escritorio.

Habló en tono serio y rotundo. Por un momento, pareció desterrar el abatimiento que le embargaba.

—Lo primero que quiero dejar claro es que no dudo de tu capacidad. Estoy muy orgulloso de ti, hija, pero obviando el hecho de que solo tienes veinte años, este asunto me da muy mala espina y no creo que sea apropiado que te involucres en ello.

—Eso lo entiendo, papá, pero dudo que te apetezca que la policía meta las narices en según qué asuntos.

—Tengo empleados que se encargan de los temas delicados.

—¿De tanta confianza como yo? ¿Tendrías la seguridad de que esa persona no divulgará los trapos sucios de Agustín en su propio beneficio?

—Trabajo con gente muy discreta y profesional, acostumbrados a situaciones que pueden resultar peligrosas.

—No tengo intención de salir a la calle a investigar y hacer preguntas en sitios de mala muerte, solo me ofrezco a analizar todo aquello que creas que pueda arrojar algo de luz, ya has visto que soy buena en lo que hago.

—Si tú has sido capaz de averiguar esas cosas, la policía lo hará en cinco minutos.

—Es posible, pero si nos adelantamos, puede que tengas algo de tiempo de reacción antes de que se hagan públicos ciertos temas.

Alicia esperó una nueva objeción de su padre, pero éste guardó silencio. En ese instante ella decidió comenzar a apostar duro e ir directa a su objetivo.

—¿Sospechas de algún cliente?



El abogado trató de sonreír, aunque su tristeza interior provocó que dibujara una mueca extraña en el rostro.

—No te rindes nunca, ¿verdad?

Alicia negó con la cabeza.

—Alguien me ha educado en el tesón y la perseverancia.

Timoteo observó a su hija con una mezcla de amor, orgullo e inquietud. Alicia, por su parte, tuvo la sensación de que era la primera vez que la descubría como algo más que su niña pequeña. Se levantó de la butaca y paseó por el espacio comprendido entre su mesa y la imponente estantería que había justo detrás, adosada a la pared. Alicia le siguió con la mirada en silencio, respetando las cavilaciones de su progenitor. Al fin, él se paró en seco y la miró de lado mientras se aflojaba la corbata.

—Durante los primeros años de vida de la firma, Agustín trabajó para todo tipo de clientes, entre los que, por desgracia, se encontraban individuos no muy recomendables.

—Habría que mirar esos casos, sobre todo si el resultado no fue muy satisfactorio para el interesado.

—Esos expedientes son muy antiguos — dijo él negando con la cabeza—. En la mayoría los delitos han prescrito o sus autores están muertos.

—¿Algún familiar resentido?

—Lo dudo —contestó Timoteo en tono categórico—. Al asumir la dirección me ocupé de cerrar esos temas. Fue la única forma de terminar con esa línea de negocio.

—¿Te encargaste tú mismo?

—No tuve otra opción. Solucioné ciertos asuntos, compensé a algunas familias conflictivas y cerré con éxito causas abiertas. No estoy orgulloso de ello, pero era lo único que podía hacer.

—¿Y no hay nada coleando desde entonces?

Timoteo no contestó enseguida. De nuevo inició el paseo inconsciente, regresó a sus párpados el peso de la situación y, al comenzar a hablar, fue incapaz de mirar a su hija a los ojos.

—Hay un caso que no pude arreglar.

Alicia tragó saliva. No quiso decir nada por miedo a que su padre se echara atrás y volviera una vez más a su postura sobreprotectora. El silencio se hizo tan denso y duro que, por un momento, tuvo el convencimiento de que habrían alcanzado el límite y que Timoteo se cerraría en banda.

—Hace más de treinta años Agustín se ocupó de la defensa de un traficante de armas, un indeseable sin escrúpulos que decía ser ucraniano, aunque nunca he estado seguro de que así fuera. Poleskin, que así se hacía llamar, tenía su base en España y vivía en la Costa del Sol rodeado de lujos y excesos. Distribuía sus productos por Europa y los países con conflictos abiertos en África. La policía le tenía vigilado y tras una ardua operación, al final pudieron reunir las pruebas necesarias para detenerlo. Pero durante el juicio se produjeron algunas irregularidades. A pesar de las aplastantes pruebas en su contra, el juez estableció que las evidencias solo eran circunstanciales y no demostraban todo lo que las autoridades querían imputarle, por lo que sentenció la puesta en libertad del traficante.

Alicia emitió un silbido.

—¿Agustín sobornó a un juez?

—Vamos a dejarlo en que consiguió que el juicio se quedara en un carísimo tirón de orejas. Pero la policía no estaba dispuesta a que se marchara de rositas. Colaborando con la Interpol, retuvieron a Poleskin el tiempo suficiente para lograr que fuera deportado a Alemania y ser juzgado allí por otros delitos pendientes. Agustín hizo todo lo posible por evitar el traslado de su cliente, aunque no lo consiguió. En tiempo récord, Poleskin fue juzgado en Berlín y condenado a más de veinte años.

—¿Y crees que aún sigue con ganas de venganza?



—Aquel hombre murió en la cárcel tras un lustro de condena. En cuanto Poleskin falleció, su hijo se hizo cargo de la organización y ahora es muy poderoso. No sé, puede que culpe a Agustín por la muerte de su padre.

—¿Y por qué ha esperado tantos años?

—Eso mismo he pensado yo, por eso no se lo he contado a la policía, lo más probable es que no tenga nada que ver con esto.

—Pero es lo único que se te ocurre.

—Eso o un secuestro por dinero, que es lo que intuyo que maneja la policía. Pero si fuera así ya habrían llamado pidiendo un rescate.

Alicia no había parado de tomar notas mientras su padre hablaba. Él se acercó a ella, le arrebató la libreta y la ojeó durante un momento antes de dejarla sobre la mesa.

—¿Entiendes ahora por qué no me apetece que te inmiscuyas en este asunto?

—Te voy a ayudar, quieras o no —contestó Alicia cogiendo la libreta y metiéndosela en el bolso—. Pero tranquilo, no tengo contactos que lleguen hasta los traficantes de armas ucranianos. Me limitaré a leer los expedientes que tú me proporciones e investigar en internet.

Timoteo iba a protestar, pero fue interrumpido por el sonido del teléfono. Chasqueó la lengua con fastidio antes de coger el auricular.

—Tenemos que dejar nuestra conversación para otro momento —dijo colgando el aparato.

Alicia se levantó de su asiento sin decir nada, su padre la acompañó hasta la puerta. Antes de abrir, Timoteo cogió a su hija por un brazo con suavidad.

—Si tú me prometes que no harás nada antes de que volvamos a hablar del tema, yo te permitiré ayudarme con esto.

Alicia detestaba prometer algo que no quería cumplir, pero, por una vez, quiso ser la chica obediente que su padre tanto habría deseado que fuera.

—Te lo prometo.

Él asintió satisfecho y, por fin, abrió la puerta del despacho. Al girarse, Alicia se topó con la última persona que habría esperado ver allí.



## Capítulo 4

Debía darse prisa, no quedaba mucho tiempo, pero toda precaución era poca.

Miró su ropa manchada de sangre ya coagulada y sintió aprensión. A pesar de su determinación el olor le repugnaba, pero no había tenido ocasión de asearse. Intentó liberarse de aquella sensación de suciedad, su aspecto no era prioritario, ya se lavaría más tarde. Lo importante era su misión, nada ni nadie valía más que eso.

Se sujetó la cabeza con ambas manos, de nuevo comenzaba a doler. Y esa voz, profunda y estridente al mismo tiempo, no dejaba que descansara, apremiaba sus actos con cada vez más urgencia, guiaba sus extremidades, su corazón, su alma. Se obligó a levantarse de la silla desvencijada situada frente a una mesa con la pintura descascarillada por el paso del tiempo. No recordaba de dónde había sacado aquellos muebles, es posible que ya estuvieran allí antes de llegar, no le importaba demasiado.

Hasta que no se puso de pie no se percató de que necesitaba ir al servicio, pero esa pocilga no tenía baño. No habría elegido aquel lugar de no ser por su apartada ubicación. Al menos, una primitiva acometida le proporcionaba agua corriente, la necesitaba. Salió al patio trasero, no tenía techo, pero estaba protegido de miradas indiscretas por un muro de hormigón. El suelo había sido invadido por mala hierba y matorrales secos. Alivió sus necesidades fisiológicas allí mismo. Cuando terminó miró al cielo rojizo, no era capaz de saber si estaba amaneciendo o si ya había comenzado a atardecer, había perdido la noción del tiempo. Cuanto más lo

observaba, más intenso se volvía el arrebol. Las nubes parecían absorber el rojo de la atmósfera como el algodón sobre una herida abierta.

Sacudió la cabeza y entró de nuevo. Hacía frío y aunque sabía que en el piso de abajo la temperatura sería aún menor, no se puso nada de abrigo, quería tener la mente despejada, los brazos y manos libres de obstáculos. Sintió un escalofrío al bajar la escalera metálica que conducía al sótano, pero lo controló. Encendió las luces y observó la obra que tenía delante. En el medio de la pequeña sala, iluminada por varios focos industriales, había una mesa metálica rectangular de patas extensibles. Sobre ella, un bulto cubierto con una sábana blanca.

Se remangó los puños del suéter y se acercó a la mesilla auxiliar, que había colocado cerca de la más grande. No era la primera vez que hacía aquello, pero debía tener un control absoluto sobre el proceso, no regresaría de nuevo hasta pasados más de treinta días, y no deseaba encontrar ninguna sorpresa desagradable a su vuelta.

Repasó el material. Todo en orden. Miró su reloj de pulsera, había llegado la hora fijada. Observó a su objetivo que, dentro de poco, vagaría allá donde debería haber ido hacía mucho, mucho tiempo.

Se colocó unos guantes de vinilo negros y retiró la tela, concediéndose un instante para observar el rostro del hombre que tenía frente a sí. Inconsciente, flácido, indefenso.

Alargó la mano hacia la mesilla auxiliar y cogió un escalpelo. La superficie brillante resultaba hipnótica y la acercó a su propia muñeca. Su pulso comenzó a temblar con violencia cuando la afilada hoja del instrumento quirúrgico rozó su carne. Retiró el escalpelo con rapidez, la voz escupió una reprimenda por su debilidad.

Comenzó a cortar la piel ajena, que no ofreció resistencia. Un tímido hilo de sangre espesa resbaló hacia la base de la mesa. Continuó cortando, una línea delgada, no demasiado grande. Un escalofrío de satisfacción recorrió todo su cuerpo.



De pronto, los ojos del hombre que yacía en la mesa se abrieron de par en par. Hizo ademán de gritar, pero la cinta adhesiva que tapaba su boca amortiguó su ronco intento. Tiró de las correas que sujetaban sus extremidades, pero tampoco logró deshacerse de ellas. Relajó algo los músculos y suplicó con la mirada, en silencio, a la persona que se inclinaba sobre él.

Como respuesta, solo obtuvo una sonrisa inhumana.